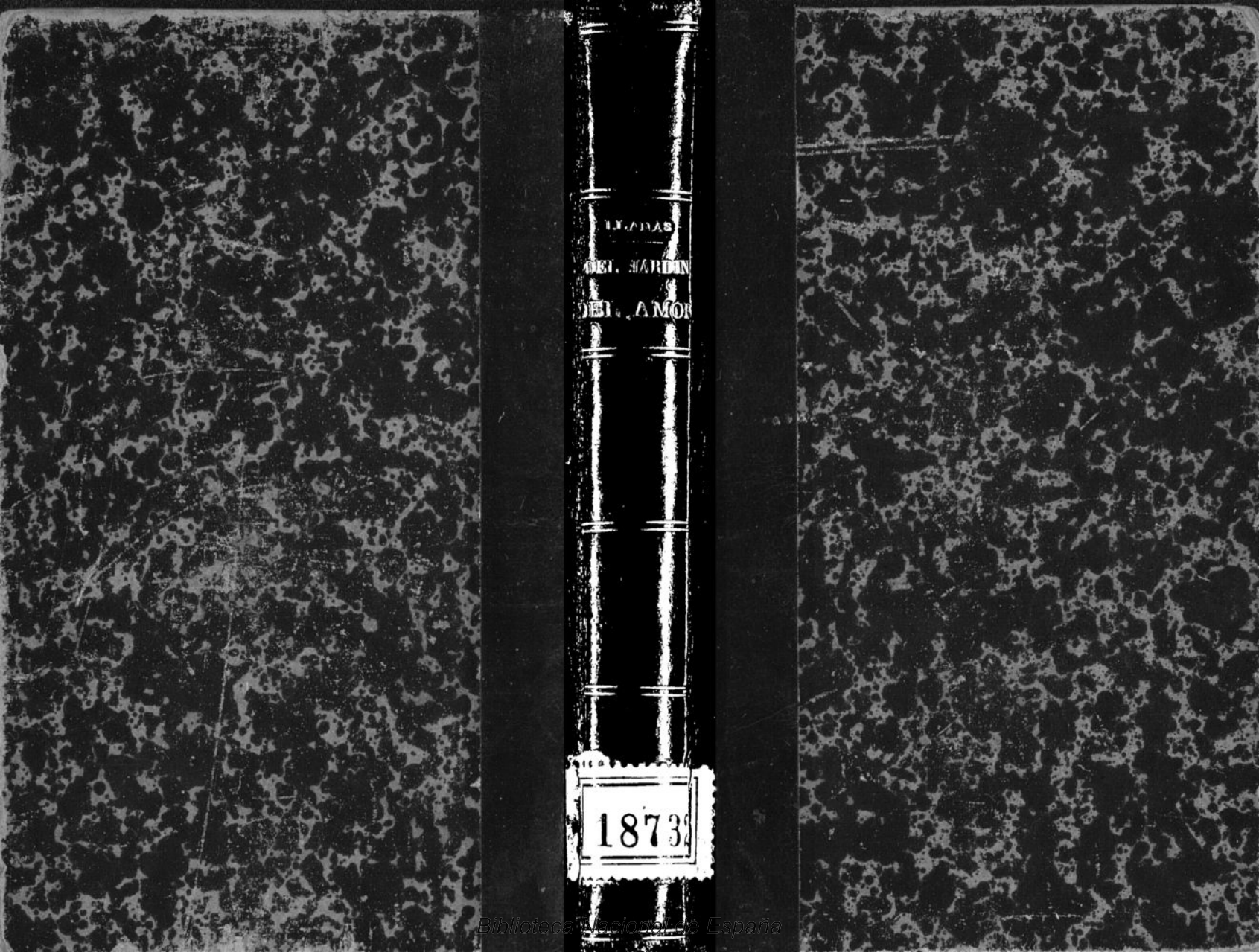

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

1
18732

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.

DEL JARDÍN DEL AMOR.

IC-25 / 02

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

03.614

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.

DEL JARDÍN DEL AMOR.

(NOVELA).

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ.
Carrera de S. Jerónimo 2
MADRID.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ.
Preciados, 48.
MADRID.

1902.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Á LA CLARÍSIMA MEMORIA

DEL CRÍTICO

LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN).

Biblioteca Nacional de España

ES PROPIEDAD.

Imprenta y Estereotipia de Corchero y Compañía.

Biblioteca Nacional de España

Al cielo, a voi, gentile anime io giuro
Che voglia non mi entrò bassa nel petto,
Ch'arsi di foco intaminato e puro.

(LEOPARDI.—Il primo amore).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

We wake, with a sense of a sunrise that
is not a gift of the sundawn's
giving,
And a voice that salutes us is sweeter than
all sounds else in the world
of the living.

(SWINBURNE.—Sunrise).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Las páginas que siguen, contienen fragmentos de confesiones escritas por la muy inteligente é incomprendida María de los Ángeles Pacheco.

Los padres de ella y los míos se trataban; vivían — aunque muy desiguales en bienes de fortuna — vidas muy semejantes, sobre todo cuando las dos familias echadas de la corte por el calor, buscaban refugio ameno y fresco en tierras de Aragón donde las dos tenían propiedades próximas.

Con María de los Ángeles me ligaba desde niño una amistad cordial é inquebrantable.

Habíamos jugado juntos en los caminos y sotillos del Retiro, al borde en el campo de las acequias, albercas y pocetas de profundidad escasa y ornamento circundante de tréboles, lamios, potentilas y gramíneas.

Fué el lucero que iluminó mi ama-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

como esas sensaciones clarísimas que el paladar experimentó una vez en sueños para no volver á encontrarlas en manjar alguno del mundo.

Pasó el tiempo y encerráronme como educando en un *settlement* vecino á Greenwich.

De tiempo inmemorial venía siendo tradición en casa echar del nido á los hijos en cuanto sabían volar para que á sí mismos se hicieran en la escuela del mundo, ó sacrificarse por ellos y trasplantarlos á tierra extraña con el fin de mejorarlos.

Durante los años que allá me retuvieron ninguna noticia tuve de María de los Ángeles, á no ser las que en sus cartas mi parentela me enviaba, escuetas y sin detallar, creyéndolas de escaso interés para mí.

Hombre ya, todavía mi padre quiso que continuara en el extranjero para asuntos suyos de allá y habituarme á negociar; y sólo después de transpuesta la treintena obtuve licencia para volver á ver la patria y ocupar mi puesto en

Biblioteca Nacional de España

necer; la voz dulce que saludó la aurora de mi vida.

Recuerdo haber concebido de muy chico una gran pasión por ella, ocupando su rostro sonrosado, la soltura y encanto de su cuerpo grácil mis primeros sueños de amor á los cuales solo malicia les faltaba.

Tenía entonces para mí solicitudes de persona mayor y me atendía con ese maternal instinto que en ellas, aun siendo niñas, tan vigoroso se revela.

Besábame muy fuerte y ardorosamente, pasando por encima de mi espalda su desnudo brazo torneado y oprimiéndome con inocentes espasmos contra su pecho estéril, rosado como las margaritas al abrirse.

Guardo envuelto en los paños del alma el recuerdo de aquellos besos puros, tan enérgicos; la impresión que me dejaron no se aparta de mí; pienso á veces en ella con angustia; no he vuelto á experimentar en la vida otra semejante y su sabor queda atenazado en mi cerebro, vivo siempre y distinto

Biblioteca Nacional de España

fotinias de su hotelito en el paseo del Obelisco.

Mi primera idea fué la de volverme inmediatamente al Norte; no lo hice porque no me dejaron. Enferma y todo, mi amiga de juegos seguía siendo un ídolo para mí ya que no un amor, y pasaba acompañándola muy largos ratos contándole historias y entreteniéndome á la vez en regar el jardín, terciar á su lado begonias ó limpiar otras plantas de invernadero, cuyas flores parecían mirarnos familiar y benévolamente.

Era María un tipo lleno de interés; de estatura mediana, bien formado, piel morena, cabello y cejas de un negro tirando á rubio ó viceversa, ojos pardos, pequeños, facciones suaves y correctas; decir, como el andar, firme y resuelto.

Vestía con una sencillez casi elemental y exageraba la nota de despreocupación.

Estaba dotada de una sensibilidad, delicadeza y sentimiento de lo bello

Biblioteca Nacional de España

el pupitre del escritorio que me esperaba.

Al pisarla de nuevo, en lugar del país espléndido, radioso, poblado por gentes alegres y de garbo que soñara en el destierro, encontré comarcas esteparias, desoladas, sin vida; miserables poblaciones en ruina que llevaban pegada como roña una generación de hombres apáticos, flojos, desengañados y egoistas.

Encontré las viejas familias acabando, extinguiéndose en la miseria dorada; las nuevas ascendentes, desmayadas y parándose á cada momento; en los amigos, caras de descontento y desesperación sombría é inconfesada; en mi casa desdichas, pleitos, malos humores é irritación, maquinaciones de los parientes; el cuadro completo de las aguas que estancadas se descomponen; de ese terrible mal de nuestra tierra, que se llama confinamiento en casa, repugnancia á la actividad exterior.

Y encontré á María de los Ángeles agonizando del pecho bajo los cedros y

Biblioteca Nacional de España

Jamás, sin embargo, la enferma se me declaró abiertamente. Díjome tenía escritas muy por extenso impresiones que me ocultaba.

Llegó un día á dejarme ver el libro, que estaba por acabar.

—Cuando me muera — dijo — será tuyo.

Seguramente, no pensaba la pobre al decirlo en lo corriendo que su fin venía.

Murió ahogada por la mezquindad y estrechez del ambiente.

Matáronla las conveniencias, tanto concepto elaborado como con los nombres de moral, deber y semejantes, nos vemos obligados á acatar ó á respetar por lo menos.

Muerta ella heredé su libro, extraño manuscrito en que la fiebre, la desesperación, los sentimientos dudosos y aparentemente malsanos se codeaban con reflexiones de una serenidad superior, ó de un misticismo devoto.

La escritura era en letras muy grandes, desigual ú ordenada, según los

Biblioteca Nacional de España

muy grandes, contrastando con la rudeza que afectaba y con su continua preocupación por cosas serias y de peso.

Tenía una gran curiosidad, un corazón inmenso y un alma inquieta y ávida, cualidades más que bastantes para lograr malaventura en el mundo con quien chocaba siempre; para ser una desconocida sentimental en el medio materialista y primitivo que la rodeaba.

Varias veces le pedí extensa noticia de sus días vividos.

María de los Ángeles hablaba con una particular tristeza del tiempo pasado, de sus aspiraciones fallidas, de sus escasas amistades verdaderas, limitadas desde hacía tiempo á Catalina Coello, deliciosa española, redonda de formas, baja, grandes cejas arqueadas, blanca y limpia como el ampo de la nieve, mujer entre las mujeres, siéndolo en la fecha á que me refiero, de un hacendado residente en el Brasil.

Biblioteca Nacional de España

antes, acerca de aquella existencia malograda, sacando del análisis muchas enseñanzas para mi instrucción particular.

Punto por punto iba recordando las escenas en que juntos nos hallamos; sus actos y palabras. Expresábase en los últimos tiempos de la enfermedad con una calma elevada que imponía; su espíritu empañado por el sufrimiento, respondía de un modo mate, casi pétreo; muchas veces al lado de ella parecíame estar viendo y oyendo á una persona que enlutada y con rostro impasible de mascarilla asistiera á su propio entierro, marchando con pasos de sonámbula á la cabeza de penoso cortejo.

Además de su libro, llevado de la curiosidad que siempre me han inspirado las luchas y procesos interiores, no paré hasta haber copias de algunas cartas suyas que me ayudaron á conocerla mejor y que tal vez con el tiempo vean la luz, pues las conservo. Hoy que la general atención tan inclinada se muestra al hecho y al documento posi-

Biblioteca Nacional de España

sentimientos que la habían inspirado. Abundaban en ella los aumentativos y diminutivos, signos de admiración y duda, terminaciones despectivas, las demás particularidades corrientes en los escritos femeninos ó de personas de afecciones muy vivas y dominantes.

Algunos trozos parecían trazados por sola el alma, sin intermedio de instrumento alguno, ofreciendo entre sí muy marcada la diferencia de tono, reveladora de estados emocionales distintos.

Copié los fragmentos que más me interesaron, y los dí á la imprenta, donde hice tirar en papel especial el único ejemplar que, encuadernado en piel é ilustrada la cubierta con un motivo sacado de unos versos de Rosetti, tengo desde entonces sobre la mesa, como breviario inestimable de amor raro y longánimo.

Según ocurre en casos parecidos, una vez en posesión de la clave díme á pensar con mayor detenimiento que

Biblioteca Nacional de España

No sé qué vaga nube,
de futura tormenta anunciadora
cubrió mi frente, al encontrar perdida,
de un escoliasta en las insulsas hojas,
esa eterna razón de lo que muere
antes de tiempo y sin sazón cortado.
¿Te acuerdas! Otro día
la vimos centellear con luz siniestra
en el canto purísimo y sombrío
del amador toscano de la nada,
que...
la secreta hermandad te descubría
del *amor* y la *muerte*.

(M. Menéndez y Pelayo.—*Elegias*).

Biblioteca Nacional de España

tivo, quizás puedan ser útiles é interesar.

Girasol violado del jardín del amor, María de los Ángeles tiene que ser proclamada buena, no habiendo conocido en ella el mundo gravedad reprochable. De sus sentimientos, el lector juzgará por algunos párrafos del ya dicho libro, que línea seguida vienen, capitulados y con encabezamientos para el mejor efecto literario é indispensable coherencia del conjunto.

Biblioteca Nacional de España

I.

He oido decir que un medio seguro para olvidar las cosas cuando pesan demasiado en la imaginación es ponerse á escribirlas. Sobre la mía pesan infinitas. Desde hoy voy á apuntarlas todas para darme el gustazo de desmentir al inventor del remedio.

Tal vez con ello, sin darme cuenta, escriba el libro de mi vida.

Un amigo, á quien quiero por alocado y diferente de los demás que se usan, me enseñó á estimar y buscar con predilección las obras únicas de poetas y artistas que murieron á poco de producirlas.

Tienen un misterioso encanto; parecen animadas por impaciente y extraño ardor, como aura penetrante de una existencia venida al mundo para defla-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Dos mujeres me asían de las manos y me arrastraban cada cual hacia sí con tal fuerza y violencia que á poco me despedazan... ambas gritaban queriéndome llevar...

(LUCIANO.—De Somnio, 6).

Biblioteca Nacional de España

grar en vez de consumirse al paso de las otras; parecen cantar en cada página ó en el conjunto de sus distintas partes la elegía de sueños poéticos conscientes de su breve destino; la ansiedad doliente que acompaña á las vidas de veloz carrera destinadas á agostarse en flor.

Tengo el presentimiento de que la mía va á ser breve. No sé por qué. Estas cosas se sienten, no se explican. Mi libro será también por tanto una obra de esas.

Caso de que lo fuese, no quisiera que el público le hojeara, sino contadas personas y tal vez una sola; aquella que, después de leerme, en vez de pensar bajamente de mí, pusiera lo escrito sobre su corazón penetrando la pureza de mi sentir.

Ella solo habríame entendido y merecería heredarme el alma.

Biblioteca Nacional de España

II.

Tengo una aprensión terrible, que á ratos y casi desde niña me sobresalta; la de haberme equivocado de camino al entrar en el mundo.

Sería una broma que no había de perdonarle á la madre Naturaleza. Muchas horas distraigo en observar á mis amigas y no hallo sino grandes diferencias entre su natural y el mío.

Pasan ellas por la existencia sacando del vivir frutos livianos y volátiles; yo destilo de él, sin darme cuenta, un sentido grave y sombrío; trágico muchas veces.

Y no es que aparezca de ordinario así; soy al revés, alegre, satírica según opinión vulgar y muevo lo más que puedo mis instantes; pero ni me divier-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Según voy pensando en esto, me desconcierto más y más.

Vivía mejor antes, cuando hacía las cosas sin ponerme á desentrañarles el sentido; hay un límite en los años, pasado el cual, á su pesar una se vuelve reflexiva.

Primeramente, y á partir de ese momento, me dominó la idea de lucir, de ser algo, de asociar mi nombre á alguna obra que beneficiando á la humanidad hablara de mí muy alto en lo futuro. Frente á las estatuas de grandes personajes me sentí impresionada muchas veces y lloré, removida por hondos sentimientos de respeto, admiración, grandeza y entusiasmo reunidos en una sola emoción intensa y violenta.

Al hombre profesábale un odio de lo más cordial y sincero, molesta por la notoria injusticia con que ocupa los caminos que á la gloria conducen derechamente y sin tropiezos mayores, dejando para nosotras los sesgos, penosísimos y malaventurados.

Biblioteca Nacional de España

ten las cosas que á las demás, ni mis inclinaciones corren con las de ellas, sino muy á la inversa.

Asistentes á un mismo espectáculo, mis amigas perciben de él los detalles y lo accesorio; lo movible, gracioso y llamativo; yo el sentido íntimo, la medida y lo comparable. Ellas tienden á lo particular y á lo mínimo; yo á la causa general, á la esencia. He visto bastante y estudiado más que muchos hombres talentudos.

No es esto muy corriente en la mujer, y soy la primera en sorprenderme de mi manera de pensar y hablar.

Me sale de dentro; toda la vida he sido así. Recuerdo haber visto en Cluny un esmalte antiguo de Pedro Reymond, el cual esmalte representaba á Adán y Eva en el acto de ser expulsados del Paraíso, vistiendo sendas túnicas de color. La *pruderie* del buen artista del quinientos tuvo allí expresión graciosa.

Parecido efecto me produce mi propia alma al verla vestir ropajes tan impropios de ella.

Biblioteca Nacional de España

O dass sie ewig so grün
bliebe
die schöne Zeit der ersten
Liebe.
(GÖETHE).

Biblioteca Nacional de España

Después los ambiciosos sueños hasta cierto punto pasaron, quedando en su lugar una tranquila espectación y el deseo fervoroso de vivir, instintivamente convencida de que llegaría sin duda, en plazo breve ó largo, lo que tenía que llegar.

El fatalismo es el síntoma primero de la indisciplina y pereza del espíritu.

Biblioteca Nacional de España

III.

¿Quién dijo que el primer amor es la dicha sin nombre de la vida, el propugnáculo del alma contra el dolor, la alegría y exaltación de los corazones?

No es cierto.

Yo lo he sentido; ayer supe que amaba; que amaba heróicamente hasta los celos rabiosos, y la certeza del descubrimiento en vez de mecer con suave oreo las frondas de mi jardín, me ha sacudido con una vibración larga, dolorosa. Las últimas fibrillas de mi cuerpo han temblado, respondiendo su agria lamentación al son que las llamaba, á la voz que desde un grave mundo resonaba para ellas.

El amor primero ha tenido para mí sabor de mordedura; mi goce espiritual ha sido acre; mis nervios han

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

vez llorárais de sumisión y apasionamiento á los pies del fetiche.

El mirar de mis sirenas, era más impasible aún y decisivo. Hubiéralas seguido siempre.

No hay ansia dolorosa comparable á la que yo sentí al conocer mi amor, marcando con su dedo mi destino.

Pasé el día como paralizada; llegada la noche y en mi cuarto, una inmensa congoja me afligió.

Los muebles blancos, los retratos de amigos y familiares, todo aquel ambiente reducido é íntimo parecía pesar sobre mí de manera nueva, inquiriendo, hablando con interrogación muda y molesta.

En el alma llevaba terrible desconcierto, y en la imaginación ardoroso bullir que absorbía todas mis potencias.

Quise desnudarme sola y apresuré el momento de apagar la luz.

La antorcha obscura é inesperada se encendió nuevamente en mi interior.

Nunca penetré con tanta claridad

Biblioteca Nacional de España

llorado en sus vainas y el corazón gemía, próximo á reventar como oprimido por una montaña.

Escuché en sueños el canto de sirenas atractivas que luego vi muy claramente buceando por lagos obscuros; los ojos les brillaban como diamantes negros; su boca era sensual, húmedos los cuerpos y fríos semejantes á bellas flores ingratas, balanceándose en las aguas de un planeta extraño.

Las sirenas del nuevo amor que me llamaban.

Sus miradas eternas atravesábanme como dardos.

Tenía aquel mirar un imperio irresistible. ¿Quién no ha sentido en su vida la mortal atracción de una de esas miradas hondas, infinitas, que al caer de la tarde, cuando más descuidadas vais, os lanza desde el fondo de un carruaje que pasa, una persona á quien sólo con curiosidad habíais considerado hasta entonces? Por vuestro gusto, en aquel momento mismo correríais tras ella, os postraríais para adorar; tal

Biblioteca Nacional de España

vino nuevo que por mis venas corriera cantando y paralizándome.

Ella veló mi sueño.

Al despertar y percibir con la nueva luz las impresiones de los objetos reales,

.....Ella negli occhi
Pur mi restaba, e nell incerto raggio
Del Sol vederla io mi credeva ancora.

Biblioteca Nacional de España

los versos dolientes de Leopardi, cuando el poeta sufría alucinado con la obsesión de la amada.

«Oh come viva in mezzo alle tenebre
Sorgea la dolce imago, e gli occhi chiusi
La contemplavan sotto alle palpebre!»

La dulce imagen surgía dentro de mí ingenua y atractiva, tendiéndome los brazos, languideciendo de pasión cálida, suave, sellando ávidamente sobre mis labios el sagrado pacto de amor y abnegación.

Aunque al tanto en teoría del amor, instintivo en nosotras, veía muy claramente la diferencia existente entre el amor-pasión y sus pálidos reflejos, dándome exacta cuenta de mi entrada en un mundo para mí desconocido hasta entonces.

Eran aquellas, mis primeras sensaciones intensas y una penosa excitación se asociaba al ardor extraño que me hacía soñar con sus caricias, con su fiebre resignada y amante.

Llenaba la bella imagen mi sér todo produciéndome vértigo singular, como

Biblioteca Nacional de España

... tomó de su siglo, á la manera de laboriosa abeja, delicado néctar del pistilo de sus flores, para convertirlo en dulcísima miel y en blanca cera que quemó entre vapores de incienso en los altares del arte.

ÇONDE DE LA VIÑAZA.—Calderón)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IV.

Por todas partes hallo motivos de disgusto.

Vivo molestísima.

En casa no puedo soportarme á mí misma; fuera de ella las gentes se hacen lenguas de mí; me quieren mal; mi conducta escandaliza.

Y con todo yo me tengo por buena, pues no es maldad seguir el interior impulso que me incita á la acción, á libar en las más selectas y varias flores, á llenar mi vida de la manera mejor y más bella, entre rebaños de rumiantes que se columpian al sol años y años, mascullando aires conocidos; la salmodia perezosa del abandono harto de sí mismo y asaeteando á los que algo hacen.

Los hombres no me perdonan el tener

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Los detesto.

Pensar que andando el tiempo uno de ellos ha de apoderarse de mí é imponerme su voluntad ó tratar por lo menos de hacerlo, me saca de quicio.

Las mujeres en general están á su altura.

Siento á mi alrededor el crotaleo de los corazones huecos, que se satisfacen unos á otros con palabras de leño y sones opacos.

Anoche desde mi platea entreteníame en observar.

Llenaba el teatro el público de los días de *moda,* á quien los cómicos temen tanto.

En veladas de estas nos echan siempre obras de pasatiempo; amenidades para que nos distraigamos y seamos clementes. Puede verse á actores de nota trabajando en los últimos términos del escenario como recatándose y evitando recibir ovaciones que sinceramente les haríamos si quisieran conmovernos.

Por excepción nos dieron anoche

Biblioteca Nacional de España

yo más talento que la mayoría de ellos; para las mujeres soy una loca y me salgo de mi esfera.

Al verme en todos sitios, en diversiones y fiestas, tomando activa parte en todo y significándome, tanto por sinceridad como por ganas de hacer mi gusto, los hombres se dividen en dos bandos: el de los detractores á ultranza, y el de admiración incondicional.

¡Quién sabe si en el fondo el mismo sentimiento inspirará á los dos!

Despierto curiosidad; los inquieto.

¡Si supieran lo que me importan!

Ni uno solo ha sabido ver claro dentro de mí, alumbrar este interior mío, santuario cerrado, donde tantas bellas cosas se ocultan á los ofuscados de fuera.

Yo soy yo, y vivo sola por encima de todos.

Esta sensación de mi soledad en el mundo se acentúa día por día.

En sociedad me rodean loros de charla insulsa ó nula, torpes balbuceadores de palabras sin alma.

Biblioteca Nacional de España

pronto, no obstante, la atención irretenible del público selecto se distrae, crúzanse signos, gestos de inteligencia en la reunión y un rumor, sordo al principio, alzado y dominante después, se eleva de la sala creciendo como el zumbar de enjambres irritados, hasta que lo sofoca el imperioso siseo del buen público pagano.

Y así toda la noche.

Yo soy diferente. Con gusto desertaría de entre los míos para mezclarme con el pueblo y hacer de mí según me pluguiera.

Más aún; me gustaría ser salvaje. Dentro de mí considero á veces la hermosura del animal bravío siempre despierto, de reacción instantánea contra el ataque.

La civilización ablanda; nos degenera. Siento como vergüenza de vivir entre esta gente; por mi gusto echaría á correr, iría á donde jamás pudieran verme.

Una sola persona me retiene; la que ha conseguido trastornarme.

Biblioteca Nacional de España

un drama moderno y de fondo. Al contrario de lo que otras hacen, yo tomo siempre un interés muy vivo en la representación. En algunas escenas los personajes hablaban un castellano arcáico que me conmovió. Parecían resucitados Torres Naharro y el Arcipreste de Hita. Gustando mucho del habla corriente siento pasión por la antigua, por las palabras y giros de abolengo, por el decir bravo é insuave, mucho más rico de consonantes y sonidos fuertes. Si no temiera chocar, por mi gusto emplearía el lenguaje campesino de los siglos medios.

Tenía, pues, el alma pendiente de obra, actores y público, y dolíame considerar la caterva de cigoñinos almidonados mirándonos con avidez como simios en celo. Comprendía el significado de aquella muda tensión de los sentidos y extraía de cada mirada el jugo de brutalidad y vicio bajo con que nos obsequiaban.

En los momentos primeros de estas representaciones el silencio es general;

Biblioteca Nacional de España

¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente
los astros á los astros eslabona!
Tú ciñes con tus manos á la frente
de la noche su espléndida corona:
sin tu tierno latido
que conmueve los átomos, perdido
el dulce efluvio que entre sí se envían,
como el diamante en el crisol fundido
los astros á la nada volverían.

F. Balart.—Ultra).

Biblioteca Nacional de España

Por ella daría mi inteligencia, mi belleza, mi posición, el papel que he de jugar en el mundo, si me dejan y no me muero antes; no tendría inconveniente en arrastrarme, en cometer indignidades; por ella lo haría todo.

Pondría su pie sobre mi cabeza, y el corazón en sus manos para que lo rallara. La serviría de rodillas.

Anoche no la ví entre las demás.

La sala para mí estaba vacía.

Biblioteca Nacional de España

V.

Tengo en mis manos el pájaro de amor, maravilloso, y tiemblo á la idea de confiárselo á la persona que adoro.

Solo noblezas veo en ella y dignificencias; cuando la dejo no se aparta de mi recuerdo.

Pero el temor de verla alejada de mí me atormenta, si la entero de todo y da en esquivarme.

Ahora siquiera mi bien llega confiado y puedo verle, recrearme en su gracia, llenar mis ojos con las luces calientes de los suyos, acariciarle en cierto modo como quien otra cosa hace.

Su inclinación hacia mí es semejante á la que un niño delicado é inocente sentiría, sin reservarse ni fingir, entregándose todo tal cual es. Como un

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

O singing syrens, do ye weep
That now ye hear not anywhere
The swift oars of the seamen leap,
See their wild, eager eyes astare?
O syrens, that no more ensnare
The souls of men that once where free.
Are ye not filled with cold despair
O sweet wild creatures of the sea!

(W. STARP.—Ballade of the Sea-Folk).

Biblioteca Nacional de España

niño me mira con sus ojos ingenuos y confía en mí.

El día que lo pierda me mato. La cuestión, no es ciertamente ser ó no ser; á mis años siéntese muy claramente que hay algo más grave que la afortunada frasecita sekspiriana; el verdadero, el único y terrible problema en la vida es querer ó dejar de querer y qué ó á quién.

Bien trato de vencerme, de luchar contra esta pasión desatinada; pero es superior á mí.

No puedo más, no puedo.

Biblioteca Nacional de España

VI.

Por unos días he creido en la posibilidad de mi curación. Estaba rendida, descorazonada, doliente; la vida misma creí que me faltaba.

Dos semanas eternas estuvo el sol oculto, y el tiempo lluvioso, insoportable.

Mi tristeza no tenía fin.

Evitaba salir de casa y hasta de mi cuarto donde los días se me pasaban tendida, cerrados los ojos, sin rastro de actividad en mi cuerpo ni ganas de ella.

Parecíame aquél un dulce descansar en letargo de sepulcro, sin que nada inquietara el desfile penoso de larvas que por mi imaginación embotada se arrastraban.

Hasta mí llegaba de tanto en tanto

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

su alma á Dios ofreciéndole cuanto tienen; la poesía de sus flores sin mancha, como estrellas variadas esparcidas en un cielo esmeralda.

El pretérito soplo de las leyendas medioevales pasó por mí; habría querido renacer en aquella infancia de los pueblos, cuando el hombre, poseído de su pequeñez, se enamoraba de los séres humildes, daba su vida por salvar á la flor de pétalos celestes que veía morir en la corriente, reproducía en sus obras el mundo de las pequeñas existencias que pueblan los rincones, disimuladas en la sombra donde florecen solitarias y poéticas.

Lo hubiera dado todo por retroceder á aquellas floraciones de sentimientos primitivos, al despertar de almas bárbaras y místicas, no mancilladas por el contacto de la realidad que todo lo marchita con la ponzoña del pesimismo.

Sentí vivísimos deseos de soledad y contemplación interior; de abrir yo también mi flor á Dios.

Biblioteca Nacional de España

y como amortiguado el sonido de una campana, que escucho día y noche desde que nací como lamento de otro mundo, que no quisiera oir porque muchas veces en la vida me ha hecho llorar.

Los rayos primeros del sol primaveral lucieron por último libres de nubes y paseé por mi jardín renovada.

El lirio de los valles me brindaba sus campanillas blancas como menudas almas suspendidas; algunas verónicas y tlaspis lucían ya sus flores humildísimas entre violas y margaritas sobre el gazón.

Una onda de idealismo sentimental y apacible me invadió. Parecían aquéllas, floraciones humildes de mi pobre alma desgarrada.

Invisibles casi, de los pequeños pétalos, blancos ó coloreados, subía al cielo un perfume de sutil delicadeza y amor.

Nunca como entonces había sentido el poema de las mezquinas plantas que sin precipitación y á su tiempo, sin ambiciones ni esperanza de nada abren

Biblioteca Nacional de España

apenas mi soñar, en aquel apartamiento que mucho tenía de encierro.

Como los días habían mejorado notablemente fuí dándome á pasar horas enteras en el jardín leyendo y meditando, ó distraída la atención en cosas triviales, paralizado casi el pensamiento.

Una tarde, cuando por el camino de estas vaguedades más perdida y alejada me encontraba, mi bien querido llamó á las puertas del corazón, y como evocado, lo ví realmente pasar por delante del hotel. Había tendido el cuerpo fuera de la ventana del coche en que iba; miró á través de la verja, vióme en el fondo y saludó.

Fué para mí una emoción terrible. Vibré como si mil poderosos reóforos me hubieran sacudido de golpe sus descargas. Á punto estuve de venir al suelo.

Aquella noche no dormí; tremenda excitación me dominaba; levantábame á cada momento y paseaba desnuda casi y á obscuras por entre los muebles esmaltados del cuarto.

Biblioteca Nacional de España

Cuando niña había sido muy religiosa; casi una mística. Recatándome de los míos me había infligido penitencias durísimas.

Tuve raptos y alucinaciones. Después, mi celo se entibió y viví como tantas otras, marchitando descuidada ó indiferente á la tarde, la flor de bendición que á la mañana se me diera en reclinatorios de talla, frente á dorados y luminosos altares; finalmente hasta el gusto por este formalismo decolorado fuí perdiendo.

De nuevo, pues, como ráfaga tibia y conocida que de embalsamadas tierras viene, el antiguo fervor renació en mí. Sentíame en plena posesión mía y dominaba las rebeliones del pensamiento, el alzarse insistente del recuerdo, fortificada con los nuevos resplandores que dentro me lucían.

Evitaba dejarme ver y temía volver á encontrarme con la causa de mis torturas.

Así veía sucederse blanda y dichosamente semanas y semanas deflorando

Biblioteca Nacional de España

En resistir á las pasiones se halla la verdadera paz del corazón y no en seguirlas...

... algunas veces conviene usar de fuerza y contradecir varonilmente el apetito sensitivo y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere; mas trabajar para que esté sujeta al espíritu aunque le pese.

(KEMPIS).

Biblioteca Nacional de España

Instintivamente hago esto cuando una fuerte emoción me domina; he observado que el andar deprisa y sin fin, apaga la agitación interior y adormece la agonía del alma.

Cuando adelantada ya la noche, enteramente vencida me dí al recuerdo para complacerme en él, sentí con toda realidad á mi lado la sombra amada y me aterró pensar que lo que hasta allí platonismo sólo había sido, pudiera un día convertirse en consumado amor, sin escrúpulo físico por mi parte.

El espanto me sobrecogió entonces de que las gentes me señalaran con el dedo, conocieran en mí lo que solo pasajera locura podía ser...

Biblioteca Nacional de España

VII.

«De la misma manera — dice San Juan de la Cruz—que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando se acuesta sobre sus apetitos; porque á manera de espinas, hieren, lastiman, asen y dejan dolor.

El que de sus apetitos no se deja llevar, volará ligero como el ave que no le falta pluma.»

Yo me he propuesto no dejarme llevar de ellos y decidida á vencer he comenzado por desterrarme á mí misma de los sitios que vieron mi tormento.

Oigo muy bien dentro de mí la voz saludable y santa.

«Todas las criaturas son miajas que cayeron de la mesa de Dios; y así, justamente es llamado can el que anda

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Valfría, este rincón del mundo en que ahora vivo me enamora y llena mi corazón de paz. Es una posesión de mi familia en la alta Ribagorza; un vallecito risueño y pomposo, cubierto de verdor, favorecido muy dilatadamente por el sol y animado, mañana, tarde y noche por el rumor continuo de las aguas que lejos se despeñan, manando de todas partes y corriendo con impaciencia bulliciosa por los muchos cauces bordeados de maleza que ellas mismas en el fondo se han trazado.

Esta vida montana, fuéra del comercio de las gentes, resulta de una serenidad superior.

No veo otras caras que las de Pilara y su padre, nuestros colonos, que aquí se encargan con un criado del laboreo de este destierro, sumadas á la impasible de mi hermano, el cual de puro aburrido y medio enfermo vino conmigo para pasarse el día cazando según le aconsejaron los físicos de la corte.

A Pilara, que es fresca, guapa y

Biblioteca Nacional de España

apacentándose en las criaturas. Y por eso justamente como perros andan hambreando; porque las miajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer la hambre.

Olvidadas todas las cosas criadas, no hay quien perturbe la paz, ni quien mueva los apetitos que la perturban.

Entrégate al sosiego quitando de tí cuidados supérfluos y desestimando cualquiera suceso»...

Estoy en el campo desde hace dos semanas.

Tal vez la desconfianza y el temor hayan influído algo en esta determinación mía; pero sobre todo he sido guiada al tomarla por el deseo de cambiar mi natural; el propósito firme de hacerme diferente á como soy.

En cuanto pueda y halle ocasión de mi gusto he de esforzarme ¿por qué no? en sacrificar como las romanas, ante el ara del dios que debía inspirarme y que hoy nada me inspira. La repetición del mismo acto hará que me habitúe á él creando en mí segunda naturaleza.

Biblioteca Nacional de España

admirar la sencillez selvática de sus sentimientos.

Son zagales ó niños, fuertes como salvajes, sin carnes de sobra, sucios, duramente vestidos, con los ojos muy brillantes y dientes blanquísimos.

Pocos de ellos son tontos, produciéndoles sin embargo extraña turbación las preguntas que sobre algunos puntos de su vida en el campo les he hecho, preguntas que por lo visto no esperaban de mí. No todo debe ser candor é idílica pureza en sus costumbres, y considerando esto, al verles ir he pensado si aislada y en medio de esta naturaleza brava, floreciente, no necesitaré de mayor esfuerzo para combatirme y lograr victoria en mi empeño.

Esas mis preguntas y la vida que aquí hago han despertado según tengo oido alguna curiosidad en los contornos.

No me preocupa.

Hallo singular placer en esquivar á las gentes y perderme por las veredas que atraviesan nuestra heredad, asis-

Biblioteca Nacional de España

dura como un acero, hícela mi doncella desde que llegué y he transformado al criado en escudero y guardador de mi persona.

De día me acompaña y defiende por estos andurriales siempre que se lo mando; á la noche le hago quedarse en un cuarto cerca del mío, por lo que de fuera pudiese venir, pues la gente de los contornos tiene mediana fama de finura, y no quiero que me pase lo que á mi prima Inés, la cual por intrigante en tiempo de elecciones, hubo de aguantar un trabucazo que en la ventana de su propio cuarto le descerrajaron *pa asustala* sólo, según luego decían los brutos.

Suelo ver también las fachas de los pastores que desde la montaña bajan al pueblo cada cinco días para recoger los avíos y volver á cuidar de sus rebaños.

El camino pasa bordeando nuestra finca y por dos veces al verles bajar he mandado por ellos á Pilara—con quien distraigo mis ocios—para oir de labios de ellos el relato de sus vidas y

Biblioteca Nacional de España

vida potentísima; en ellos las plantas parecen irritarse unas contra otras, afirmar dominadoras su imperio las más fuertes, mecerse las humildes con suave y tímido movimiento al cloqueo de las aguas que bullen, cantando noche y día con su lenguaje hueco y confidencial, el sencillo poema de su nacimiento, del inevitable destino que tan lejos las lleva.

Horas enteras paso en tales sitios, leyendo ó recordando con los ojos cerrados. Mis representaciones interiores se dulcifican y por suave é involuntaria asociación vienen á mi memoria las reinas de las leyendas de oro: Ginebra, Clemencia Isaura, Julieta, Leonor de Guyana, Juana de Arco, cuantas pasaron por el mundo dejando en él la ineludible huella de sus almas poéticas, buscadoras de ideal.

Me siento tan alejada de aquellos estados é impresiones que penosamente me conmovían en la corte, como debe estarlo una estrella de otra.

Yo misma trato á ratos de conven-

Biblioteca Nacional de España

tiendo con alma de poeta al despertar de esta naturaleza ayer nacida, riente hoy y frondosa como vaso de vida exuberante que se desborda.

Bosquecillos de avellanos ofrecen sosegado y recóndito lugar para saborear mis pensamientos, inclinando á mi paso las largas varas foliadas; sinnúmero de parrales, por encima de hierros tendidos, sombrean ya las avenidas; y los sauces de Babilonia no cesan de llorar desde hace días sobre estanques tranquilos llenos de ovas, su verde lamentación de decadencia y ruina.

Paseo sola, en comunión intensa con esta natural belleza, abstraída y entregada á un sentimentalismo vago, terror de educadores, al pie unas veces de poderosos nogales que levantan su copa al cielo como en una elevación de amor, ó escondida otras junto á fuentes que nacen entre zarzales y helechos.

Allí el alma introversiona por sí misma y se examina.

Tienen estos rincones una fuerza de

Biblioteca Nacional de España

invasión de plantas silvestres ha desnaturalizado los macizos y borrado los cuadros.

Las fuentes ya no funcionan; los cipreses y demás árboles de adorno agonizan en la altura sobre sus troncos resquebrajados.

En uno de los ángulos, rodeada de jazmines, una Virgen de piedra, labrada por góticos artistas, desde su hornacina del muro, nido de salamanquesas y lagartijas, fija una mirada triste, como cuajada, en aquel espectáculo de abandono y desolación.

Es una imagen deforme, esculpida con la sencillez de procedimiento y el alma que los primitivos ponían en sus obras.

He acabado por aficionármela mucho y todos los días voy á sentarme allá y á rezarle con un silabeo maquinal que á veces nada me dice como si en mí se hubiera secado la fuente de los afectos, despertando otras, en cambio, ecos dormidos de pasadas ternuras.

Ayer sobre la mano de la Virgen,

Biblioteca Nacional de España

cerme de que todo aquello pasó habiendo comenzado para mí una vida nueva; evito pensar en mis habituales dudas y me entrego con alma y vida á saborear este sencillo é íntimo encanto que las cosas más pequeñas adquieren en el retiro; la fresca poesía que brota como un aroma de los rincones quietos y ramosos.

Después del almuerzo suelo pasar un par de horas en el jardín.

Es un viejísimo parque abandonado que ni Pilara ni su padre saben cuidar y tal como sólo se los encuentra ya en las antiguas mansiones de provincia ó en el recinto de los monasterios en ruinas.

No he querido que pusieran mano en él; sería profanarlo.

Como está me encanta.

Los setos de eubónibus y tuyas se hallan desmedidamente crecidos, rotos por mil partes; yedras y jaramagos tapizan los paredones y coronamientos de ladrillo, por entre cuyas juntas asoman brotes de higueras bordes; una

Biblioteca Nacional de España

amor infando cambiaba y ennoblecía su esencia.

Súbitamente experimenté un gran consuelo.

Pasé la tarde trabajando; la borrasca parecía decididamente alejada.

Me acosté temprano y dormí placenteramente.

Biblioteca Nacional de España

extendida para sostener el niño que le han quitado y que parece pedir con ademán eterno, una flor marchita de castaño había ido á posarse.

Tenía la corola arrugada y doliente, boca abajo, tal como Clemencia debió encontrar la violeta de Renato el día en que él murió.

Miré á la imagen y sentí punzarme en lo más hondo del alma la dolorida mirada fría, cristalizada desde siglos en la cara de piedra.

Algo sin duda había muerto también dentro de mí, pues me sentí por momentos como ahogada. Roto de golpe el dique de las lágrimas lloré al fin sin consuelo; un lloro tibio y apacible que del alma nacía á raudales, llenándome de languidez y beatitud.

La ola antigua del misticismo devoto pasó y sentí la frescura de un aura que oreaba mi espíritu disponiéndole á floraciones nuevas y risueñas.

La lucha tomaba desde aquel momento apariencias de pasividad dulce y el

Biblioteca Nacional de España

¡Oh, la noche! ¡Noches eternas é interminables en que me siento á solas conmigo mismo!

(SINKIEVICZ.—Más allá del misterio).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIII.

Una hora ó dos.

¡¡Una hora ó dos no más!! Desperté porque sí; sin motivo. Yo al menos no lo encontraba.

Comenzó mi imaginación á trabajar. A trabajar y á agrandar con el silencio de la noche los recuerdos.

Pasaba y repasaba rozando apenas con sus alas sutiles á los deseos que dormían.

Desde mi cama oía ó creía oir el fuerte soplar del criado arrogante y buen mozo que dormía en una estancia próxima. Y percibía distintamente la respiración de Pilara, entrecortada de tanto en tanto por un blando gemido que ya otras noches le había escuchado. Era como un ayear doliente y leve.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

el suelo la sombra prolongada de mi cuerpo, de mi cabello flotante.

La serenidad del cielo era grande y soberana contrastando con mi agonía interior.

Yedras y jazmines trepadores subían desde el parque derramándose en frondosa cascada pretil adentro; junto al murete aparecían alineados en bandejas, tiestos de lirios y tulipanes en flor.

La naturaleza, en calma cristalina, se me impuso y mi excitación fué mitigándose. La crisis se resolvió poco á poco, en tristeza infinita y gran abatimiento; la vanidad, la desolación de una vida inútil como la mía pesaron en mi ánimo sofocándome.

A lo lejos algunas balsas enviaban su reflejo tranquilo como planetas muertos; el valle se dilataba en masa, negra y confusa á trechos, hasta la cuenca del río; severa cortina de ramaje festoneaba á mi espalda y por encima de la casa un trozo de aquel cielo diáfano y milagroso.

Biblioteca Nacional de España

La soledad y la impresión del sufrimiento ajeno me encienden.

Poco á poco la procesión de larvas perezosas se insinuó; la ví formarse; desfilar después y arrastrarse odiosamente por los surcos de mi cerebro que temblaba.

Calientes estaban en mí las emociones de la tarde; quise oponerlas como escudo y defenderme.

Fué todo inútil; como nutrida y reparada con el descanso, la tentación baja y violenta aullaba en mi interior pidiendo saciarse.

Un terror nervioso me acometió; el miedo de sucumbir, de caer en aquel apartado lugar, sin gracia y con escándalo, por una salvaje ansia repentina que suprimiendo toda preparación corriera á satisfacerse brutalmente.

De mí propia quise huir; salté del lecho, púseme una bata blanca de mañana y salí corriendo á la terraza que con el cuarto comunica.

Daba en ella la luna, dibujando en

Biblioteca Nacional de España

La voz siguió cantando:

Dama del pañuelo negro
díme quién se te murió;
si es tu padre, bien lo lloras;
si es tu amante, aquí estoy yo.

Cesó por un momento la cadencia de los pasos y la obscuridad del ramaje impidióme ver al mozo que debió de pararse, para mirarme probablemente.

Volví después á oirle y ví su silueta perderse en las revueltas del camino.

Habría dado un mundo porque se hubiese decidido á hablarme. Siendo rústico logró conmoverme más que ninguno de mis incensadores de la corte.

Iba de blanco vestida, pero él supo muy bien adivinar las vestiduras de mi alma.

Nunca podré olvidar á aquel desconocido que tan claro vió en mí, ofreciéndome en su copla el natural remedio qne mis males pedían.

Biblioteca Nacional de España

Por el camino que bordea la heredad, venía cantando para espantar el miedo un mozo del campo.

Son allí frecuentes las comunicaciones de noche entre pueblos vecinos, bien por los jóvenes que pasan de una aldea á otra sin otro fin que el de rondar y divertirse, bien por motivo de noviazgos ó necesidades perentorias.

Cuando llegó más cerca hallábame de pie mirando al campo, con más aire sin duda de aparición que de persona al uso. Y pude oir muy claramente una de las coplas, que decía:

Como soy forasterito
por todo el lugar pregunto
quién es aquella morena
que está vestida de luto.

El canto era transparente y resuelto; la voz casi femenina. Acabada la copla, penosa vaguedad quedó flotando en el aire; no había ecos que prolongaran el sonido desvaneciéndolo.

Percibía muy bien los pasos del mancebo que marchaba con excelente andar, regular y acompasado.

Biblioteca Nacional de España

Andábase... en aquellas fluctuaciones inquietas del espíritu cuando busca en lo infinito el perfecto goce y contentamiento que á dar no alcanza... Sintiendo en su alma gérmenes de grandes resoluciones, de fuerza y pujanza, firmemente se creia llamado á desempeñar papel importantísimo en la escena del mundo... imaginaba que el néctar del gozo se encierra en la copa de la ambición.

(E. Pardo Bazan.—San Francisco de Asís).

... en toda acción humana hay lo inconsciente en lo grande y en lo pequeño, en lo físico y en lo moral.

(J. Canalejas Méndez.—Discursos).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IX.

Huí del campo desesperada.

Un día, cuando menos podían presumir mi determinación, decidí á mi hermano y vine corriendo á Madrid.

Mi señor hermano es un vago; y una criatura sin voluntad que va donde le dicen por no tomarse el trabajo de pensar en ello y resolver por cuenta propia.

Lo tuve á mi lado sin más que mandarle me acompañara.

Dócil y obediente dejó sus escopetas, sus perros y cazadores de oficio para seguirme como cordero bien criado y muy elegante; mejor aún, como autómata apenas sostenido por una fuerza interior que á sí misma se desconociese.

Tal vez haya quien le desdeñe viéndole instrumento ciego de ella; yo le

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

elementales, los mismos siempre é invariables.

Es lo que él llama su filosofía. Una filosofía que consiste en cuidarse y poner diariamente sobre su cara una máscara en que nadie puede leer ni enterarse de cuanto pasa por debajo de ella, que debe ser mucho; el drama de la desmaña para el amor; el de la moral impotencia.

Viéndole inquieto, impávido, como perdido en un sueño interior, mirando apenas el paisaje, he pensado que un macho así, brusco é intermitente, que jamás me hablara de amor ó haciéndolo con notable torpeza, me convendría quizá para marido y hasta llegaría á admirarle y como amigo á quererlo mucho.

Porque me espanta pensar en el desdichado que me impondrán por compañero.

La gente dice que nadie querrá cargar conmigo. Tal vez sea así.

No me importa.

Yo vivo en un mundo tan distinto al

Biblioteca Nacional de España

admiro por lo mismo; la conciencia anula ó aburguesa; lo inconsciente informa nuestra vida y es el que con mayor frecuencia dicta hechos bellos ó heróicos.

Durante el viaje me entretuve en observarle. En el tren fumó sin compasión, como un idiota, sentado casi con los lomos y apoyados los pies en el banco de enfrente.

En una misma postura y sin pestañear deja pasar las horas como si fueran minutos; tiene buena figura y es inteligente, pero según explica no logra fortuna con las mujeres.

No sabe tratarlas. Huyen de él desde la primera entrevista.

Al principio esta constante desgracia le traía exasperado y nervioso; al cabo, la misma fuerza de la contrariedad volvióle frío, indiferente y se hizo mucho menos comunicativo.

Desde entonces muestra no pensar más que en sí; toma con polar indiferencia las cosas de propios y extraños y limita su vida á cinco ó seis actos

Biblioteca Nacional de España

como cosa prevista, no se inmutó; limitóse á tomarme en brazos para depositarme en una margen próxima y fué luego á auxiliar á otros viajeros. Cuando vió al tren bien plantado y en su sitio, vino por mí para volverme al departamento.

Es un taciturno adorable, fiel, como un perro que sabe guardar celosamente; hasta cuando lo veo más distraído siento su atención vigilante puesta en mí. Nos parecemos físicamente mucho, no habiendo reñido jamás, cosa singular entre hermanos. Primero su cariño componíanlo solo bondad y dedición; desde que fuí mujer muestra además respeto.

Tontas de remate deben de ser las que le huyen, sin ponerse á leer en su alma ingenua y bondadosa.

Adelantada la noche decidimos dormir.

Él puede hacerlo cuando quiere; yo cuando la loca de cascos adentro me deja en paz; y sólo entonces.

Así estuve larguísimo rato sin poder

Biblioteca Nacional de España

de ellos, que mis cosas y mi moral tienen que chocarles mucho. Los que quieran pueden tomarme como soy, si gustan.

Pero realmente el que conmigo case, á gusto y por movimiento espontáneo, tiene que ser, ó un enamorado tonto, carne de esclavo, ó algún individuo sobrehumano, de moral superior.

En los dos casos, mi vida futura resulta fácil de anticipar.

El primero transigirá por falta de espíritu; el segundo por sobra.

Ninguno de los dos me trabarán para nada. Por eso es bueno declararse abiertamente en el mundo según el propio impulso; quien viene á buscarla á una sabe ya á qué atenerse; y el noventa por ciento de las veces se da con un buen gemelo; una persona que se hace cargo y no molesta.

En las paradas y estaciones del tránsito mi hermano tuvo conmigo finezas de madre.

Creo que descarrilamos.

Él que sin duda consideraba aquello

Biblioteca Nacional de España

poco corrientes y tan difícilmente conciliables con el resto de los hombres.

No engranamos con ellos, y tuve la clarísima intuición de que no engranaríamos jamás.

La angustia y ansiedad penosa de la vida á la ventura, inconsciente, que desconoce su objeto sobrecogiéronme como en los días de crisis violentas.

Me levanté y anduve por el departamento esforzándome en retener la imaginación que se me desbocaba y el corazón que amenazaba reventar.

Fueron unos momentos de pena inmensa y sobrehumana.

Vino luego la reacción y caí de rodillas; apoyé la cabeza junto á mi hermano, de la misma carne, de la sangre misma que yo formado, y en tanto el tren como furia dolorida corría resoplando por los campos obscuros, me desolé como único reproche á la naturaleza dura y caprichosa, llorando sin consuelo lágrimas del alma salidas.

Biblioteca Nacional de España

conciliar el condenado sueño que ya él había cogido y hecho suyo desde que tomó la horizontal.

A la velada luz del departamento estuve fijándome en aquella cara tranquila, empalidecida ligeramente, indescomponible hasta en el sueño, con los ojos cerrados sin esfuerzo, las facciones algo alargadas de los tristes y la boca femenina, de niño, roja y fina.

Gran rato estuve revolviendo en la imaginación lo que otra mujer sin parentesco alguno con él sentiría á la vista de mi hermano dormido.

Después aquella palidez mineral, aquella inmovilidad de espectro, de muerto sereno y noble me dieron miedo.

Por un instante le creí proyección de mi misma persona puesta ante mí en aquella media luz por el poder obscuro de un espíritu raro.

Al fin mi pensamiento viró para fijarse en nuestra desgracia, en la injustificada desviación que el espíritu de la vida parece haber sufrido en mi hermano y en mí, haciéndonos tan

Biblioteca Nacional de España

Vicio es y grande (la obscuridad)... pero es virtud, ó al menos socorrido recurso cuando por ella se trata de entretener á una sociedad fatigada de los esplendores del dia y hastiada de la luz poética de un siglo.

(Francisco Silvela.—Discursos).

Non pensate voi... che sia necessario manifestare le verità interiori quando queste domandono d'essere espresse... Perchè mai dunque noi siamo rimasti fino ad ora senza guardarci negli occhi?

(D'Annunzio.—La Città morta).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

X.

He visto á mi bien.

Toda la tarde lo he estado paseando por las salas de la Exposición de Pinturas.

Las personas mayores se habían quedado atrás extasiadas ante los cuadros de historia ó litografías barnizadas, en los cuales, personajes barbudos y aparatosos de otros tiempos, realizan actos desmesurados.

Instintivamente nuestros pasos nos han conducido á las salas discretas donde las almas agonizan, en paisajes vagos ó extáticos, en figuras sin vida, errantes, consumidas por el fuego interior.

Yo debo ser hipermoderna, pues ni siento ni concibo otra belleza. Para impresionarme, el rayo de lo bello ha

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

cilla que en el lecho contempla la pirámide de ropa levantada por su rodilla bajo la sábana. No hay ansiedad comparable á la que despiertan en el ánimo la visión de la niña glauca y esquelética, la de aquellas sillas que están diciendo á gritos con claridad pasmosa, sentida sin duda posible en lo íntimo de una misma, que esperan en balde; que sobre ellas ya no se sentarán quienes solían...

Me trastorna ese ambiente de profundidad y melancolía tan visible en otros daneses aunque como Zacho y L. A. Ring quieran pintar alegremente; el que se advierte en el moderno arte inglés, como en las sencillas escenas familiares del noruego Ström; la fantasía negra ó alocada que anima las pesadillas de Axel Gallen; las extrañezas de Rissanen, Edelfelt, Thesleff, magos del arte finlandés, y de los rusos Stabrowski, Wasnetzow, Levitan, Kousnetzow, Socoloff, Harlamoff, Nesterow, Bovisow, Maliavine, espíritus obscuros y profundos ó dulces y deli-

Biblioteca Nacional de España

de venir envuelto en vaguedad, en parálisis, en decoloración enfermiza y nebulosa.

El oculto sentido de las cosas me produce una extraña ansiedad; el alma obscura que gime y sufre, en cada línea torturada, en cada tono expirante, para otros pasa inadvertida; yo la veo, no puedo dejar de mirarla, me acosa y se me impone; siéntola á veces tenderme sus brazos, colgarse de mi cuello y aferrarse allí para angustiarme toda la vida.

Recuerdo haber llorado en las altas tierras del Norte ante los grises casi cadavéricos de Hammershoj y de Nielsen; cuadros sin asunto, que nada nos cuentan, imponiéndonos en cambio con un par de notas afortunadas su emoción hondísima que atenaza el alma y la araña, á punto de hacerle prorrumpir en alaridos.

Uno de los lienzos por mí vistos representa cuatro sillas baratas en torno á una mesa y una mujer penante en el fondo; otro retrata demacrada joven-

Biblioteca Nacional de España

rara y punzante que se clava en el corazón como una mordedura, sólo ante algunos contemporáneos la he experimentado y por excepción en el admirable Theotocópulos.

Y para mí, hoy por hoy, el arte superior es el que más fuertemente consigue emocionarme, haya en él mucho ó poco estudio.

Dicen de estos modernos que no son sinceros.

Si yo pintara y quisiera ser sincera tendría que hacerlo como ellos.

Lo obscuro en ellos, lejos de ser defecto, resulta una virtud; un reposo y una necesidad del alma, y lo que en sus cuadros se crée delirio de originalidad no es sino buena fe artística; esfuerzo por reproducir el tono exacto y recóndito, el único que instantáneamente puede dar la sensación lúcida, intuitiva que sienten vibrar dentro de sí.

Las impresiones que reflejan son las mías; sus estados de duda, suspensión ó martirio, los mismos que yo siento; los que tengo desesperadamente fijos

Biblioteca Nacional de España

cados, que parecen tirar del alma cada cual por su parte, y sacudirla alternativamente con la imposición de una belleza, grave y seria, fúnebre hasta el pavor ó extática y como suspendida; con raudales de misticismo primitivo; con alegrías casi trágicas que desgarran; con portentos de imaginación severa y dura que aúlla elegiacas canciones bajo cielos negros, por encima de nieves azuladas.

Ese es mi arte, el único que me habla un lenguaje conocido y simpático.

Los clásicos nada me dicen; soy la primera en admirarlos y los comprendo; con algún pintor menos antiguo tal como Goya he reído complacida ó pensado muy deleitosamente en el profundo y maravilloso sentido de la vida que le llevó á acusar, bromeando de manera terriblemente seria, en cada pincelada de sus retratos familiares, por ejemplo, la degeneración progresiva é implacable de una raza decaída. Pero la indecible angustia, la ansiedad y el palidecer del alma, la emoción

Biblioteca Nacional de España

vientre, como exultación de vísceras superficiales ignoradas.

Para mi bien esta conmoción extraña de mi sér ha pasado inadvertida.

¡No ha comprendido!

Y yo cada vez me encuentro más apurada é inhábil para confesarle nada.

Mi secreto morirá tal vez conmigo.

¡Quién sabe si sólo de este modo podré conseguir mi único deseo; que este amor no tenga fin y que nadie dude jamás de la pureza que en mí y por encima de los instintos dominados resplandece!

Al separarnos, mi amor, de nutrida sarta de dijes sacó uno invitándome á grabar en él una palabra que fuera como gloria, trofeo y recuerdo de la tarde.

Lo tomé de sus manos y con el alfiler que me alargó escribí la triste remembranza del poeta:

Hoffnungslose Liebe.

Amor sin esperanza.

Biblioteca Nacional de España

en el alma, aunque bien quisiera á veces librarme de ellos.

No sé qué entienden los críticos por sinceridad.

Mi bien querido y yo, hemos pasado la tarde entera en un par de salas donde aparece reunido lo mejor que en arte moderno han presentado este año nuestros pintores.

No conocía el placer que trae la comprobación del gemelismo de las almas, en la manera de apreciar y de sentir sobre diversas cosas.

Mis ojos no se hartaban de ver á mi amor, ni mis oidos de escucharle.

He percibido distintamente el sabor de su brazo apoyado á ratos en el mío; su carne ha reposado sobre la mía como sin el estorbo de la ropa; he sentido su cuerpo vibrar á mí junto, como orquesta sutil y complicada que me erizaba penetrándome hasta los huesos con estremecimientos y vértigos.

Por primera vez en la vida he conocido á su contacto una rápida sensación de placer, indefinible, á flor del

Biblioteca Nacional de España

En su cabeza llevaba un mundo muerto como el de la luna; en su corazón unas cuantas fibras secas, al modo de pedacillos de paja atados en haz de color.

J. Ortega Munilla.—Tremielga)

... he soltado el freno á la imaginación que no le tuvo nunca muy firme y la he echado á volar por esos mundos de Dios.

(J. Valera.—Morsamor).

Nel silenzio e nel buio, qualche volta io odo scorrere la vita con un rombo così terribile... che io vorrei morire per non udirlo più.

(Gabriele D'Annunzio. — La Çittà morta).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XI.

¡Catalina! Desde que por complacerte y desahogar mutuamente nuestras penas sostengo contigo esta correspondencia tan seguida, sólo interés y goce tranquilo había experimentado. Tu carta de anteayer me llenó de tristeza.

Verdad es, que la recibí triste y angustiada, pues llevo una porción de días enferma, con dolores, bilis, de la que padezco ahora, y un malestar muy grande; mi máquina no funciona bien; no haré huesos viejos, está segura.

Después de todo, el descanso final es la gran solución... y hasta muchas veces pienso si mi pobre madre, aquella santa señora que murió del pecho en tierra extranjera, no me estará llamando á la hora presente desde el cielo, donde tan dichosa y tranquila debe encon-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

invocación á la muerte, golpes sonoros que me asustaban acompañados de estertores y de un hervir extraño.

La onda de reconocimiento y ternura inagotable pasó sobre mí refrescándome. Tal como estaba me arrodillé en el lecho á cuya cabecera tengo un gran retrato de la mártir y no sé qué hice: si implorar ó dar gracias, desolarme ó llenar de besos ardientes aquel rostro sereno de ángel noble.

Así pasé la noche.

Una noche inmensa sin otro testigo de mi pena que la luz que arde en mi alcoba y cuyo parpadeo figurábaseme más triste y trágico que nunca.

Tú querida mía, te quejas.

Por grandes que sean tus disgustos, las agonías que como todas tengas que devorar en la jaula dorada en que nos ponen para deslumbrar á los de fuera, ignorantes de las miserias y escenas á que asistimos diariamente en nuestras casas, no pueden compararse con este suplicio mío, ineluctable, vario en formas y aspectos, que no me deja, que

Biblioteca Nacional de España

trarse, en compensación á la vida de tristezas y desesperación que aquí abajo le dieron.

Á veces puede tanto en mí esta idea, que me parece oir su voz sobre todo en noches de abandono, tormentosas; cuando las furias del temporal por fuera y la intránea agitación braman irritadas con desconcierto lamentable en que el alma naufraga y cree morir.

Así fué la del día en que recibí tu carta.

Me acosté enajenada, delirante, deseando acabar pronto.

Cuando pasada la crisis rondaba ya el palacio de los sueños, la voz dulce y amante me despertó; una voz conocida, clara, celeste, venida de los reinos de luz.

¡Mi madre! Catalina.

Mi madre que velando sobre mí desde lo alto me consolaba como los días aquellos en que muriéndose atraía con sus manos cadavéricas mi cabeza y la apretaba contra su pecho, en cuyo interior oía yo retumbar, como una

Biblioteca Nacional de España

alma ávida frente al destino inexorable que, al levantarte, como orden del día te escribe en un lienzo gris, odioso, la negación, la nada eterna é invariable.

Es para volverse loca.

Vivo sin voluntad, falta de dirección, abandonada por completo á los acontecimientos que me gobiernan.

El trabajo tal vez me distrajera. Pero nadie me ha enseñado á trabajar ordenada y metódicamente; yo sola para mi desgracia he ido adiestrándome día tras día en afinar mi inteligencia, en sutilizar mi juicio y mi manía crítica, bebiendo en fuentes varias y heterogéneas, leyendo quizá sin la preparación necesaria cuanto caía en mis manos; haciéndome á mí misma en una palabra, ya que nadie se cuidaba de mí. Hay quien saca de esto fortaleza y recursos para amenizar cada vez más su vida y con este buen fin trabaja; el fruto de mi afán ha sido tedio; el tedio negro y desesperado.

Soy, pues, un caso de *self made woman* que se aburre.

Biblioteca Nacional de España

está siempre royendo como una maldición en mis entrañas.

Tú luchas, sufres y esperas; eso al fin es bueno; te accidenta la vida; yo en cambio me limito á arrastrar pesadamente una carga repulsiva que ha llegado á hacérseme intolerable.

Sería feliz si pudiese amputarme la inteligencia y el corazón; si lograra adaptarme como las demás.

Pero la sociedad me repugna; me inspira asco y odio, así que, aunque la frecuento, en realidad vivo aislada en mí y sin dar á nadie participación en mi alma.

La esperanza de un hogar y una familia tampoco me satisface; son cadenas muy pesadas; seguramente habían de ahogarme... además ese género de emociones me deja fría.

¿Qué hacer?

Lo que hasta hoy vine haciendo; ver desfilar los días, iguales y monótonos con la triste certeza de que el mañana nada nuevo podrá ofrecerme.

Tú no sabes qué cosa sea, tener un

Biblioteca Nacional de España

de cuerpo y con el alma triste y desesperada.

¡Á qué seguir y aumentar tus penas con las mías!

Biblioteca Nacional de España

Nada hago; no me quedan alientos para cosa alguna; mi delicia sería vivir en suspensión eterna como cuerpo inerrante y extinguido ó recluída en cavernas adonde no llegara el ruído exterior, perdida en una noche eterna y en un eterno sueño. Aquellos versos de Swinburne

Only the sleep eternal
In a eternal night

cifran hoy para mí la dicha suma y déjome ir, llorando unas veces, indiferente otras, en brazos del destino que me lleva arrastrando como carga sin valor.

Todo me cansa. Tomar una sencilla determinación, decidirme por algo, me cuesta un trabajo inmenso, dejándome el esfuerzo fatigadísima.

Mi espíritu que es activo, se rebela no obstante contra esta apatía negra; repliégase sobre sí; me acosa, ¡¡me atormenta!!

En resumen, vivo desorientada, errabunda, enferma de la voluntad, mala

Biblioteca Nacional de España

Dejaste el techo hospitalario de la fe sencilla para penetrar en el desierto de las dudas, en la triste extensión que ya conoces, abandonada por los dioses vivos. ¿Crèes ser tú, gusano vil que avanzas arrastrando por el polvo de tu miserable negación, el llamado á atravesarla? Orugas miserables que roísteis la fe viva, asilo de los corazones sencillos haciendo del Universo cáos tristísimo; ¡vuestro mundo será la eterna noche de las dudas sin fin!...

(V. Korolenco.—Las sombras).

O World! O Life! O Time,
On whose last steps Y climb,
Trembling at that where Y have stood before;
When will return the glory of your prime?
No more,—O never more!

(Shelley.—A Lament).

Tengo en el corazón los surcos, sobresaltos y lloros soñados; palabras, suspiros, sedimento de sollozos.

J. Pascoli.—El beso del mnerto).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XII.

Créeme; cuando recibí tu carta hube de hacerme una fuerza inmensa para no tomar el tren aquella misma tarde, salir corriendo en busca tuya, atravesar toda Francia y sorprenderte con un abrazo terrible en esa playa de Dieppe donde veraneas.

¡Qué bien recuerdo esos sitios!

También he pasado yo por ellos cuando acompañaba á mi madre en país extranjero.

Bien me acuerdo de aquellas casas limpias y simpáticas; de los modernos hoteles frente á la playa; de la abigarrada colonia veraniega; de los grupos de ingleses que vienen de Suiza y esperan en la Poissonnerie apoyados en sus *alpenstocks,* los vapores que han de desembarcarles en Newhaven; del cas-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

raba; su ingenio, su pasión por las letras, su ambición insaciable, su coquetería afortunada y sabia, aquella continua agitación sólo calmada cuando tras su alianza con las turbas y las atrocidades de Burdeos se la vió acompañando en el retiro á la duquesa de Montmorency y recluída luego y penitente en un convento de Carmelitas.

Algo semejante quería yo ser y su sabida historia llenaba mis días, hacíame vibrar intensamente produciéndome ya entonces la idea de mi posible fracaso, bajo aquel cielo gris y junto al mar plomizo de la Mancha, indefinible malestar; no sé qué extraña impresión de nostalgia y abatimiento.

¿No has experimentado alguna vez en la vida esa angustia del suceso fatal que puede en un punto aniquilar todos tus planes, ese ciego terror de la posible caída, vértigo extraño y singular de alturas no conquistadas, ahogador y paralizante como desvanecimiento ó congoja súbita del corazón que reacciona con un vuelco terrible?

Biblioteca Nacional de España

tillo soberbio y pintoresco que se alza inexpugnable sobre el acantilado.

En una de sus torres, como á todo curioso, me enseñaron un día la ventana por la cual se fugó la segunda mujer de Longueville, aquella Borbon-Condè bella, cultísima, ambiciosa, que tanto juego dió durante la regencia de Ana de Austria.

Yo también me dejé cautivar por el encanto póstumo que le atribuyen y soñé con ella, hallando grandes analogías entre su espíritu y cierto lado del mío; hasta me la propuse como modelo.

¡Cuántas veces paseando á obscuras por la orilla del Arques mientras mi institutriz miraba estúpidamente las aguas, me representé á la duquesa intrigante y poeta escapada del castillo una noche atroz del invierno septentrional buscando mar adentro en una lancha el navío que á Holanda la llevara!

Su vida de lucha sin sosiego producía en mí fascinación verdadera; todo en aquella mujer superior me enamo-

Biblioteca Nacional de España

rio y has llevado con una reserva que no te perdono tus relaciones con el rico hacendado brasileño.

No sé por qué había yo imaginado que no querrías casarte con ése ni con nadie.

Una tontería; ya ves.

Ese señor anduvo algún tiempo enamorado de mí ó por lo menos me hizo la corte; tal vez te lo habrá dicho á estas fechas. Á mí nunca me gustó aunque de sobra sabes que tengo el gusto raro y difícil; quizá imposible.

Puedes suponer lo mucho que celebraré te vaya bien en tu matrimonio. Me da no obstante tristeza pensar que pocos sabrán tratar como merece la flor inestimable de tu alma, y en mi opinión á todo fuera bien te resignases menos á que la marchitaran manos bárbaras, las cuales no por ir calzadas con guante inmaculado dejan sentir menos brutalmente su acción.

Yo hubiera querido para tí... No sé, no sé hermana mía, qué es lo que para tí hubiera querido.

Biblioteca Nacional de España

Es el aura de los fracasos que pasa desolando.

Bajo su influjo las piernas te flaquean, el aliento te falta; la frente se cubre de miedoso sudor.

Los más fuertes la sienten cuando llega el momento de presentar la batalla.

Yo la he conocido muchas veces; con frecuencia y casi á diario he venido experimentando tal flaqueza, en este mi existir penoso y mortificado.

Mi vida, amiga querida, ofrece grandes semejanzas con la de esas pobres plantas, que nacidas para gozar del sol tiemblan y languidecen en la sombra presenciando desde ella la fortuna de todas las demás.

Tú naciste en pleno sol, y en él me gusta verte. Saber que tienes disgustos y que te combaten también temporales me saca de quicio.

Tenías sin embargo muy guardada esa combinación que para conjurarlos meditabas.

Por primera vez me hablas del caso-

Biblioteca Nacional de España

hay lazo de cariño que resista á una separación sin esperanzas de fin.

En los primeros días me recordarás mucho, tal vez con tristeza, y no me extrañaría que al verte á solas y feliz con tu marido, pensando en mí lloraras en lugar de reir; hasta creerás quererme más, pues la distancia tiene esa propiedad, de idealizar los afectos y darles mayor intensidad; después, á fuerza de recibir impresiones diferentes mi recuerdo palidecerá sin tú darte cuenta, aunque en el fondo conserves como sueño de oro un velo de él que te haga palpitar de vez en cuando.

Yo jamás te olvidaré Kate.

Biblioteca Nacional de España

Sólo se me ocurre decirte que la vida es dura, terrible, y que tú como lámpara pura y bella no debieras descender del altar en que todavía estás para mancharte con el barro inmundo de los que esperan nuestra carne confiando cebarse en ella.

Ya ves como vivo yo... semejante á vestal irreductible, odiando cuanto pueda desvirtuarme...

Pero... yo soy una rara; una excepción fenomenal extraña que ha envejecido mucho por dentro en poco tiempo. La mayoría de las flores lozanas que hace dos años conociste en mi jardín se han agostado.

Y aún no he cumplido los veintiseis...

No me sigas á mí que llevo arrugas en el corazón y confíate al destino insenescente que te abre brazos de ventura.

Sentiré tu boda más, mucho más de cuanto puedes figurarte. Tu marido te llevará lejos de mí y nuestra amistad acabará como no puede menos, pues no

Biblioteca Nacional de España

... se rentirá siempre latir la misma idea, un misticismo que nos aleja de la vida, una aspiración que nos conduce á la muerte, un sentimiento de vacío y de tristeza que no encuentra consuelo...

S. Moret y Prendergast.—Calderón).

O what a damp and shade
Doth me invade!
No stormy night
Could so afflict or so affright,
As thy eclipsed light.

G. Herbert.—A Parodie).

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XIII.

Pienso en lo que voy á hacer de mí en cuanto te pierda, sin encontrar solución que me satisfaga.

Estoy cansada amiga querida. Ya ni leo, ni me agrada divertirme ni me gusta el bullicio en que anduve tanto tiempo, de corazón ó por llenar con algo mi vida, espacio sin límites que veo ante mí negro y sin fondo.

No sé que tengo.

Siento sí una fatiga enorme, una inmensa postración, como si la vida harta ya de pasar por mi cuerpo tan en tonto fuera á dejarme y á acabárseme.

La mejor solución sería sin duda recluirme en Valfría y esforzarme en hacer allí vida penitente y ejemplar.

Desde ayer viene atormentándome

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

tudes de fuera, no sufriría como sufro; iría derecha por mi camino sin desviarme ni torcerme.

Sería la mujer fuerte de la Escritura, que va sola y erguida á través del mundo guiada por la centella de luz que ante sus ojos resplandece.

Mas no digo voluntad; ninguna otra cosa buena hallo ya en mí; pues has de saber que á ratos me siento hueca y vacía como caja de resonancia.

Hubo un tiempo en que mis frases eran comentadas y el ingenio mío celebrado. Lucía clara y viva mi lámpara que yo cuidaba con solicitud, apropiándome alguna vez el brillo de las ajenas y dispensando sabiamente el propio cuando podía ser, mejor y por mayor número de gentes, admirado.

Todo ello pasó. Ahora estoy como muerta; tropiezo en la conversación más vulgar, hallándome en suma tan decaída é inútil que á mí misma me doy lástima.

Esta clara comprobación á veces me acaba, pero otras levanta en mí una

Biblioteca Nacional de España

esta idea y con mayor intensión que nunca siento lo muy de admirar que son los ejemplos heroicos de los Santos y demás fortísimos varones que venciéndose diariamente en lo pequeño llegaron á desarrollar voluntades gigantes.

Pero me conozco muy bien y sé que luego huiría de allá; apenas formo un propósito oigo mil voces que me llaman para distraerme de él; creo reconocer en las caras de los demás, signos de reproche y actitudes hostiles; las más ligeras insinuaciones contrarias me azoran y me producen una urticación insufrible en el ánimo; hasta en lo inanimado siento y descubro almas que me gritan, que tratan de acorralarme para escupir sobre mí su irritación y sus burlas.

Esta sensación continua de lo exterior, me distrae, me anula.

Si poseyera la voluntad necesaria para ser en todo momento dueña de mí y el empuje interior que endurece y defiende contra la animosidad ó solici-

Biblioteca Nacional de España

ses enteros en sus cuadras, sobre camas limpias y frescas; preparándolos con galopes diarios dos meses antes de inaugurarse las carreras.

Con esto conseguía tenerlos *recogidos,* según su expresión; en condiciones de dar sin reacciones ni pérdidas inútiles de fuerza, en diez minutos de trabajo, cuanta energía habían acumulado en el larguísimo período del adiestramiento.

No me honra la parificación mucho, pero sin darme cuenta algo semejante he venido haciendo conmigo desde que discerní y me despertaron los primeros sobresaltos de la ambición; desde que tuve indicios del espíritu inquieto que en mí bullía, tan diferente de cuantos á mi lado revelaban otras personas. Porque ellas proponiéndose como suprema aspiración de la vida un objeto concreto, tumbábanse al conseguirlo; y yo iba siempre á más, y sin fijarme como Gynt, el personaje ibseniano, en sillón ó trono determinado, entreveía la cúspide

Biblioteca Nacional de España

rabia demoniaca, de accidente, que me hace inmenso daño.

Te asustarías si fueras testigo del trato que en tales momentos me doy y como me califico.

No puedo más, Catalina.

Algo no obstante hay en mí que se revela, gritando mi mérito, pues sin duda lo tengo, hermana del alma; que no en balde se pasan veinte años de vida atendiendo día por día al cultivo del propio jardín; estudiando hasta en medio de las diversiones; aprendiendo en los demás; adiestrándose en artes y virtudes diversas, reservándose, cuidando el propio yo con tenacidad y casi con desesperación, como quien confía obtener de él en momento propicio la victoria, el salto sobre la vulgaridad y preocupaciones que la mujer superior ha de vencer en esta sociedad insoportable.

Mi hermano, cuando le daba por los *sports* atendía á sus potros día y noche, limpiándolos, maznando algunos músculos de su cuerpo, cuidándoles el estómago, teniéndolos descansados me-

Biblioteca Nacional de España

las razones grandes siempre que me indujeron á ser según me mostraba y puedas muy bien decir he sido buena en el fondo de acciones que no lo parecían.

Cinco eran mis cualidades como las del pájaro solitario de que hablan los místicos; me iba como él á lo más alto, no sufría acompañamiento aunque fuera de mi misma naturaleza ni etiqueta que me definiese, y poniendo el pico al aire cantaba al remontarme mi canción suavemente.

Nunca creí que mi vuelo quedara tan por bajo, ni que el destino me redujese á lo que soy hoy día; casera desengañada de un político, mi padre, á quien jamás ha preocupado mi suerte y de un pobre aburrido y deshonrabuenos, que despreciando la actividad práctica de sus abuelos arrastra la carga de su cuerpo como tronco sin vida, de salón en salón y del jardín á la cama.

Me ahoga este ambiente, esta pesadez de los días iguales y sin objeto.

Necesito renovar mis sensaciones,

Biblioteca Nacional de España

excelsa desde la cual el mundo se domina y es regido.

Tentada en el desierto, lejos de resistir abrazábame á la tentación y le confiaba mi vida.

La inteligencia y la moral de las alturas son en mí connaturales; me han seducido siempre.

Bien ves que estoy haciendo contigo confesión general. Nada de cuanto te comunico puede interesarte, y sin embargo siento necesidad interior de poner ante tí los fondos más secretos de mi conciencia; aquellos que invariablemente ocultaba á cuantos trataron de adivinarme. Sólo de mis actos pudieron ellos juzgar; el secreto de mi alma guardábalo celosamente como instrumento precioso para mis fines, pensando que con mostrarlo tal vez perdiera su valor.

Ahora que para siempre voy á perderte está bien cuanto te diga y espontáneamente te confiese.

Quiero justificar ante tí mi conducta para que una persona al menos conozca

Biblioteca Nacional de España

Experimento la imperiosísima necesidad de romper, de no saludarlas más, de huirlas para siempre como se huye de un enemigo á quien odias con todo tu corazón y á quien quisieras ver desaparecer del mundo cuanto antes.

Ya que de mí misma no puedo verme libre, necesito á lo menos variar contínuamente de impresiones; ver desfilar ante mí personajes diferentes para con su movimiento y la diversidad de sus caractéres tener la sensación de ser yo quien varío y ellos los estacionados é inmobles.

¡Cuándo tendré la paz, cuándo se calmarán mis ansias!

Edén de mis sueños, jardín perfumado y radiante, ¿dónde estás, que no te encuentro!

Bien sentía el poeta de las flores del mal tu lejanía,

Comme vous êtes loin, paradis parfumé
Où sous un clair azur tout n'est qu'amour et joie!

¡Poder alto y glorioso, llévame á donde le vea!

Aquí abajo perezco, vacilo, como

Biblioteca Nacional de España

meter dentro de mí un alma diferente. La que tengo me cansa.

Mirbeau y los escritores orientalistas no han descrito crueldad semejante á la de sufrir una misma tiranía interior años y años; la que supone obedecer á un espíritu cuyos giros te sabes de memoria; á cuyas reacciones estás más que habituada. De antemano puede una anticipar la forma en que tomará las cosas, los movimientos que va á hacer; el cuadro resabido de la persona odiosa y desesperante que dentro de tí medita y ordena los actos exteriores.

El aire que respira la conciencia superior, á la larga llega á viciarse, como el de un dormitorio cuando no se tiene la precaución de ventilarlo.

La invariabilidad del exterior es tan insoportable ó más.

No sé si á tí te pasará lo mismo; yo he llegado á sentir el horror de las caras conocidas, de las amistades que conviven aquí conmigo y á quienes tengo que saludar, atender y prodigar galanterías. Esto me trastorna.

Biblioteca Nacional de España

andar vagabundeando tras quimeras; el alarido lanzado por esta mi pobre vida que se funde en lo innumerable y en lo inútil llorando hilo á hilo sobre el sepulcro de sus ilusiones fenecidas. No hay quien deje de tener un triunfo en su vida; la batalla grande ganada cuyo recuerdo llena toda una existencia y la justifica. Yo no me acuerdo haber vencido ninguna, ni se me presentó jamás ocasión de ello.

Año tras año esperé, sentada á mi balcón, para asistir al amanecer del día grande. En balde ha sido mi velar. El cielo invariablemente cerrado, solo crepúsculos me mostraba, alternando con noches tediosas, sin claror sideral ni luceros brillantes.

Sueñas tú con una felicidad próxima y segura.

Yo merecí también gozar y ser dichosa.

¡¡Lo merezco aún!! Me lo dice mi razón clara, potente; me lo asegura mi propio cuerpo que florece como divina escultura incomparable.

Biblioteca Nacional de España

árbol decepado por la borrasca que oscila hasta abatirse con seco crujido de miembros quebrados que escalofría las médulas.

Emporte-moi, wagon! enlève-moi frégate
Loin! loin! ici la boue est faite de nos pleurs!

Llevadme fuera, léjos, á paises jóvenes y luminosos donde se pueda ejercer la moral del humilde ó del usurpador libremente y con éxito; donde las puertas no se cierren al paso del peregrino errante que llega sediento y angustiado de la dura jornada; donde sus aldabonazos no se pierdan en lo hueco, ni despierten el temeroso cortejo de esqueletos enlutados, graves y fríos.

Te hablo como una loca; perdona, Kate, mi charla.

Es la imaginación que se complace en martirizarme gritándome lo que debí ser y no soy; el clamor rabioso de las infinitas cosas que me han solicitado y á cuyo arrimo quizás hubiera sido dichosa, dejándolas por el capricho de

Biblioteca Nacional de España

apretada, morena, casi roja, encendida en un fuego intensísimo que me quemaba.

No hay falta, Catalina, en verse así y hacer lo que hice, cuando se es tan bella y se tiene lleno el corazón de tristeza y de dudas.

Tú no me has visto, apenas me conoces y no puedes juzgar de mis impresiones, del nuevo tormento y sed rabiosa que me infernaron el alma desde aquel punto y hora.

Una á una las flores de mi cabeza cayeron, las centellas iridescentes de mi sueño fueron apagándose. Tendida quedé como antes en el mueble y volvieron mis ojos á llorar, sin consuelo ya y como por siempre.

Después oí la voz de un hombre del pueblo, que todas las noches á la misma hora pasa por delante del hotel y se aleja, con invariable cantilena en los labios.

Es su cantar, lánguido y sostenido con grandes complicaciones y juegos de garganta, lleno de esa suave melan-

Biblioteca Nacional de España

Ayer, Catalina... me contemplé sin velos; tal como soy; tal como estaba segura de ser.

Había llorado mucho, y á la media luz de mi cuarto, en la luna frontera víme según estaba, tendida y á medio vestir en una *settee*. Era al anochecer; la hora gris en que los deseos se alzan para gritar como perros encadenados y un ardor de infierno te incendia las venas; como ya otras veces en circunstancias análogas me había acontecido, el deseo de echarme á la calle y vivir, de abandonar mi panteón dorado me oprimió la garganta.

Entorné febril las maderas del balcón, iluminé cuanto pude el cuarto, prendí flores en mi cabello suelto, y puesta ante el espejo quise asistir á la feria de mi alma, á la aurora de mi propio cuerpo soberano y glorioso, por mi cuidado embellecido.

Á una sola acción de las manos expertas los velos cayeron y apareció ante mí la visión luminosa, el vaso de devoción insigne, la divina escultura

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

Páginas.

I 21
II 25
III 31
IV 39
V. 47
VI 51
VII. 59
VIII. 73
IX 81
X 91
XI 101
XII 111
XIII 121

Biblioteca Nacional de España

colía de algunos cantos meridionales que meciendo emocionan y desgarran.

Anoche tuve la sensación de que eras tú; tú, Kate, partiendo y llamándome; dando mi nombre al viento, que hasta mí lo traía en ondas débiles y angustiosas. Compadéceme. No puedo más. Tú eras lo único que me quedaba y te veo marchar también. Saber que te pierdo me enloquece. Yo me muero, hermana mía; me muero si no dejas á ese hombre; si no lo dejas todo por mí.

Kate, amor único mío, ¡¡ven!! Mi alma te desea; todo mi sér te llama.

Desde ahí debes oir su voz; el grito agudo y crispante de mis entrañas atormentadas.

FIN.

Biblioteca Nacional de España

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR.

LITERATURA.

Alma contemporánea (estudio de estética). Año 1899.

La Cortesana del Aretino (traducción del italiano). Madrid, 1900.

Lo selecto de Ruskin (traducción del inglés), en prensa.

ESTUDIOS PSICO-SOCIALES.

La mala vida en Madrid (en colaboración con Bernaldo de Quirós). Madrid, 1901.

La mala vida en Roma de Niceforo y Sighele (traducción del italiano). Madrid, 1901.

Lucha de sexos de Viazzi (traducción del italiano en colaboración con Bernaldo de Quirós). Madrid, 1902.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ESTA OBRA
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE CORCHERO Y COMPAÑÍA,
MÉRIDA,
EN EL AÑO DE 1902.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103266328

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España